

Lunes XV del TO
Ciclo B



15 de julio de 2024

Is 1, 10-17

Sal 49

Mt 10,34-11,1

P. Eduardo Suanzes, msps

Jesús había dicho, en el sermón de la montaña: *«dichosos los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios»*. Al proclamar «bienaventurados» a los pacificadores, es decir, a los que hacen la paz y, además, la construyen creativamente, Jesús habla a nuestro deseo interior, porque todos buscamos la paz. Y construir la paz implica actividad, no solo es disposición para la paz sino un «mojarse» activamente por ella: implicarse. La construcción de la paz pasa siempre por el dialogo, por confrontarse y enfrentarse honestamente con el adversario. Y en el nivel personal significa hacer la paz con el adversario interior, lo que supone no esconderse ni pasar de largo por nuestros sótanos oscuros y demandantes, ese yo interno herido desde nuestra más tierna infancia que reclama satisfacciones de todo tipo hoy, aquí y ahora y que lucha activamente por conseguirlas al precio que sea, ni importa a quién tenga que destruir en la batalla por conseguirlas. Tenemos que hacer las paces con este poderoso adversario interno mientras no estemos paralizados por sus presiones interiores. Tenemos que respetarlo, lo que significa visualizarlo, reconocerlo, verbalizarlo, hacerlo presente aunque el origen de sus demandas estén situadas en nuestra niñez. Este yo interno y falso está tan encolerizado y es tan hostil porque ha sido descuidado.

En definitiva, la paz es un amoroso llegar a ser uno con todo cuanto forma parte de nosotros, a la identificación con nosotros mismos y con los demás. En esta unidad con nosotros mismos y con el prójimo participamos de Dios. En ella experimentamos de verdad que somos hijos de Dios.

Pero quiere deshacer un malentendido, porque esta propuesta suscita una tremenda oposición y lo describe con un texto de Miqueas, porque *«he venido a enemistar al hombre «con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con la suegra; así que los enemigos de uno serán los de su casa»¹*. Y aquí el profeta denunciaba la corrupción de la sociedad, las insidias, los sobornos y mordidas, la ambición de los poderosos. Y es aquí donde se sitúa la oposición a su mensaje, porque el mundo no lo desea, y la sociedad niega esa paz basada en el desprendimiento y en enfrentamiento honesto.

Jesús se dirige a los suyos que antes de ser elegidos por él habitaban en sus casas y les está dando nuevas instrucciones que configurarían su nuevo modo de ser y de vivir en las casas de los que se vincularon a Jesús y aceptaron su mensaje. El eje de la predicación de Jesús, lo sabemos, fue el de la filiación divina de los seres humanos, que pueden llamar Padre (*Abbâ*) a Dios. Jesús fue proclamando una nueva realidad, la del reinado de Dios: el ámbito de una nueva familia que, por encima de los lazos de la sangre, se basa en la escucha (acogida) y el cumplimiento de la voluntad de Dios, que es el amarse. Es el ámbito de una familia en la que sólo uno es el Padre (Dios) y todos son hermanos. Eso es la *«familia dei»* (la familia de Dios).

A esa familia pertenecen tanto los discípulos itinerantes, que ahora envía, como los discípulos sedentarios. Los primeros vivían su vinculación a esta nueva familia dejando —precisamente— a

¹ Miq 7,6

sus familias biológicas y siguiendo a Jesús por el camino. Los segundos, los discípulos sedentarios, vivirían esta vinculación haciendo realidad en sus familias y en sus vidas la voluntad de Dios, la novedad del amor inclusivo, de la humildad y el servicio, de la equidad en la valoración de cada persona, del respeto mutuo, del perdón, del desapego de las cosas, de la apertura a los otros y de la solicitud por los más débiles.

Podemos inferir que no fue fácil para algunos vincularse a esta nueva *familia dei*. Ello implicaba asumir las enseñanzas de Jesús de que los tradicionalmente privilegiados debían renunciar totalmente a su *status*. Y uno de ellos era el *paterfamilias*, cuyo estatus quedaban relativizado ante la palabra de Jesús: «Y no llaméis padre a nadie en la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre: el que está en el cielo», que dirá más adelante². La inversión de valores (primeros/últimos) y las exigencias de renuncia al rango (todos hermanos) y de compartir los bienes familiares, crearon conflictos serios en muchas familias, como recoge el texto que ahora estamos analizando.

Estas durísimas palabras aluden claramente a las tensiones que padecieron muchos en familias donde no todos sus componentes estaban por esa nueva visión vital. Tensiones tanto para los que se hicieron itinerantes (que se ganarían la animadversión de la familia a la que abandonaban, como para los sedentarios, que hubieron de vivir cotidianos enfrentamientos a todas bandas, no sólo con el "padre" de la casa sino también entre los demás miembros de la familia.

Pero hubo familias que sí lograron integrarse en ese nuevo modo de vida. La promesa de que el que haya dejado casa, hermanos, etc., como también dirá más adelante³, encontrará nuevas casas, hermanos, etc., nos muestra que tales familias discipulares que estaban dispuestas a acogerles existieron. Había en los pueblos «gente de confianza» (familias discipulares) dispuestas a acogerles, como ha indicado antes: «En la ciudad o pueblo en que entréis, buscad a alguien digno de confianza y quedaos en su casa hasta que salgáis de allí»⁴

El tejido social inicial del movimiento de Jesús se fue configurando, pues, a base de gente que le acompañó en la misión y de otros muchos que siguieron el discipulado (un nuevo tipo de vida y de relaciones con Dios y entre ellos) en sus casas. Pero el que se desentiende de la necesidad del mundo y busca su comodidad y seguridad, ése se pierde.

Lo característico del discípulo es ser «un pequeño», uno que no pretende la grandeza mundana según el contenido de la primera bienaventuranza (5,3). Dar un vaso de agua fresca, en el clima caliente y seco de Palestina, era una muestra de verdadera hospitalidad.

Jesús se remite al AT; el dicho «quien recibe a un profeta en calidad de profeta tendrá recompensa de profeta». «La recompensa de profeta» consiste en el beneficio que se puede recibir de un profeta; paralelamente, «la recompensa de justo». En cambio, la que se recibe por acoger a un discípulo no es una «recompensa de discípulo», sino la expresada al principio, la presencia de Jesús y del Padre con la persona que acoge.

² Cfr. 23,9

³ Cfr. 19,29

⁴ 10,11